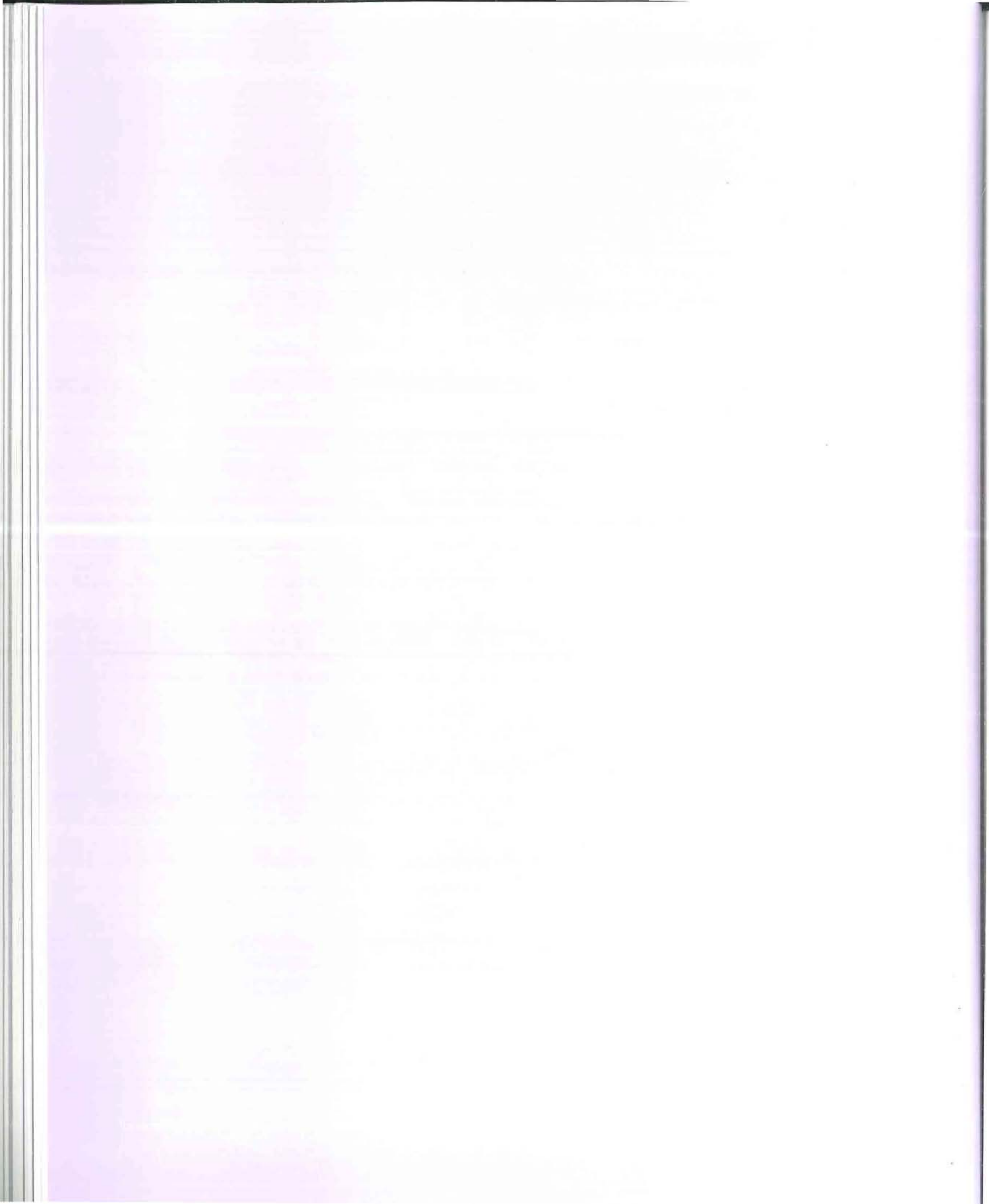


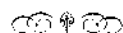
LA FIESTA BARROCA EN POTOSÍ

Fernando Cajas de la Vega / Bolivia



LA FIESTA BARROCA EN POTOSÍ

Fernando Cajías de la Vega / Bolivia



I. ANTECEDENTES

Desde la fundación de Potosí hasta la actualidad, la Fiesta Pública ha tenido y tiene una enorme importancia en la vida de esa ciudad. Ese fenómeno no es exclusivo de Potosí, sino también de numerosas ciudades y pueblos de Hispanoamérica y de España.

Esto ha llevado a que historiadores, sociólogos, psicólogos, folclorólogos, estudien los diversos impactos de la Fiesta Pública.

Desde los estudios de Xavier Albó sobre la Fiesta de Jesús del Gran Poder en la ciudad de La Paz, han existido varios aportes para el estudio de las Fiestas Patronales en Bolivia, entre ellos se encuentran mis propios aportes sobre el Carnaval de Oruro, la fiesta de San Ignacio de Moxos y otras fiestas urbanas.

Es difícil hablar y escribir sobre la Fiesta. Todas las personas saben mucho o algo de ella, tener una vivencia de ella es corriente.

Sin embargo, su riqueza permite varias lecturas. Precisamente con el apoyo teórico de estudios, especialmente sobre el carnaval, realizados en varios países del mundo y, también en Bolivia, utilizo para el análisis de las Fiestas Públicas, en este caso de las Fiestas Barrocas en Potosí, cuatro lenguajes: el lenguaje religioso, el lenguaje artístico, el lenguaje socio económico y el lenguaje lúdico.

La fuente principal de este estudio son los tres tomos de la "Historia de la Villa Imperial de Potosí", escrita por Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela, en el primer tercio del siglo XVIII, editada con numerosas citas de complemento por Gunnar Mendoza y Lewis Hanke en 1965. Esta fuente describe varios motivos para la organización de fiestas: conmemoración de alguna festividad religiosa, festejo de acontecimientos políticos importantes relacionados con los Reyes y su familia, llegada de los corregidores, inauguración de obras públicas importantes, etc.

II. LENGUAJE RELIGIOSO

La mayor parte de las Fiestas Públicas en la época precolombina y en la época de la colonia española fueron fiestas religiosas, también en la actualidad. En el caso concreto de Potosí Colonial existieron diversas fiestas religiosas, siendo las principales las del Corpus Santiago Apóstol y la Inmaculada Concepción. En

cambio, en la actualidad, la fiesta potosina más importante es la dedicada a San Bartolomé, llamada popularmente la Fiesta de Chutillos.

A diez años de fundada la Villa de Potosí, en 1555 los vecinos de la Villa juraron en actos solemnes y festivos tener como patronos de la Villa al Santísimo Sacramento, a la Purísima Concepción y a Santiago Apóstol. Desde entonces se realizaron fiestas a su devoción.

El lenguaje religioso se observa por la devoción a los Santos Patronos y porque en la mayoría de las fiestas existían rituales de carácter religioso que formaban parte fundamental de la festividad. Esos rituales eran principalmente las misas, las procesiones y los novenarios.

Arzáns, por ejemplo, narra que en el año 1555, en ocasión del juramento a los primeros patronos de la Villa, se realizó una solemne misa a las siete de la mañana y que, luego de la misma, se llevó a cabo una solemnísimas procesión que partió de la Iglesia de San Francisco. Según su relato, en dicha procesión participaron distintos grupos sociales. Por delante iban quince compañías de indios, luego seguía otro grupo de indios imitando al acompañamiento que tenían los monarcas incas y a los propios incas quienes desfilaron de dos en dos. Luego se presentaron varias naciones originarias de toda la América del Sur; seguían diversas danzas en cuadrillas de indios, después venían 3000 indios y 50 españoles vestidos con traje cortesano, todos ellos delante de la imagen del Apóstol Santiago. Detrás del Apóstol Santiago, desfilaban cuatro compañías de infantería española, detrás todos los oficiales de oficios mecánicos y cuarenta indios tocando sus instrumentos. También participaron los indios que cumplían la mita encabezados por sus capitanes; los españoles trabajadores de minas y, luciendo sus joyas, el gremio de los dueños de minas. Luego iba un carro triunfal tirado por 20 indios jóvenes, seguido por las órdenes religiosas de los franciscanos, dominicos y mercedarios. Luego la clerecía y, detrás de ellas, la imagen de Cristo Sacramentado. Finalmente, marchaba el cabildo y todos los funcionarios de la colonia y detrás dos compañías de arcabuceros españoles y dos compañías de indios, cerrando el desfile un gran número de indios infieles. Las procesiones eran enmarcadas con altares. Por ejemplo, en la jura a los patronos de 1555, se refiere que, a lo largo de las calles por donde pasó la procesión, los vecinos presentaron quince altares

dedicados unos al Santísimo Sacramento y otros a la Inmaculada Concepción. Además, todas las calles estaban adornadas con espejos y pinturas de santos; el suelo con ricas mantas de lana y algodón que dieron los indios e infinidad de flores y hierbas olorosas. Se construyeron, además, doce arcos triunfales con variedad de adornos (Arzáns, tomo I, pág 95,96).

Arzáns describe en varias ocasiones las fiestas en honor de Santiago Apóstol, sobre todo en el siglo XVI. Estas fiestas, además de los rituales religiosos, comprendían otras actividades lúdicas. En 1579, la fiesta anual de Santiago tuvo que suspenderse por la violencia existente en Potosí a consecuencia de los conflictos entre naciones. En 1583, cuando en el "día del Apóstol se comenzaron las fiestas con la grandeza y gastos acostumbrados", en el juego de cañas se reinició nuevamente la violencia. En 1619, también la fiesta de Santiago acarreó violencia. Precisamente para evitar los enfrentamientos, tanto la fiesta dedicada a Santiago como a San Agustín fueron suspendidas en 1622 y 1623.

En 1591, el cabildo reguló la manera de conmemorar la fiesta de Santiago Apóstol, cómo debía sacarse el estandarte "que se ha de sacar perpetuamente todos los años el día del Apóstol Santiago y la manera que se ha de tener así en llevarle desde las casas de cabildo a la iglesia mayor de esta Villa y paseo que se ha de hacer por las calles... que las vísperas del Señor Santiago en las casas de cabildo parezca el estandarte al amanecer...". Se regulaba todos los lugares que se debía visitar con el estandarte, el protocolo y las personalidades que debían participar en el ceremonial.¹

Al referirse a las fiestas de 1654, Arzáns señala que las fiestas religiosas anuales más importantes de Potosí eran las siguientes: "las que se hacían por el día de Corpus, por el del Apóstol Santiago, su patrón, por el de la Asunción de Nuestra Señora (que es fiesta de la Misericordia de esta Villa), por el del gran patriarca San Agustín, patrón del Cerro, por el de Nuestra Señora del Rosario, y por el de la Inmaculada Concepción. En cada uno de estos días había seis u ocho de fiestas en las cuales se jugaban cañas, sortija, se corrían toros, había torneos, y otras varias invenciones de regocijo" (Arzáns, tomo I, pág 159).

Las inauguraciones de templos merecieron también importantes fiestas. Por ejemplo, cuando se inauguró la iglesia mayor, las fiestas con todos sus aspectos duraron 10 días y la que se organizó por la inauguración del templo de la Compañía de Jesús, en 1590, duró 15 días. La procesión de esta última fiesta ha sido descrita en detalle por Arzáns. En ella participaron indios y españoles, los primeros con danzas, con compañías de soldados con sus caciques y sus representaciones de todos los incas. Luego seguían los españoles como oficiales mecánicos, arcabuceros, mosqueteros, mineros, azogueros y religiosos.

También se dio una fiesta grande cuando Charcas se erigió en Arzobispado, en 1609. La fiesta conmemorativa de la organización de San Ignacio de Loyola, en 1624, duró quince días.

Arzáns no da muchas referencias de la conmemoración de la Semana Santa. Sin embargo, en 1708, refiere que en dicha

semana se realizaban procesiones de gran magnitud, especialmente la que se daba el lunes santo, organizada por los jesuitas y acompañada por cuatro mil indios, "alumbrando cada uno con cirios de 6 y 8 libras, y este fue el principal motivo que tomaron para hacerla quitar, porque dijeron era exorbitantísimo el gasto de los naturales" (Arzáns, tomo 2, pág 327). También describe con mucho detalle las procesiones de los demás días.

Refiere que el martes santo salía la procesión de la Iglesia Mayor con varias cofradías y una docena de imágenes: "Antiguamente iban por delante las cofradías de los negros con el Apóstol San Pedro, el Santo Cristo de la Columna, el Ángel con la Túnica del Señor y la Madre de Dios de la Misericordia, y hoy no salen por el descaecimiento que ha padecido. Los indios ahora salen por delante con sus cofradías, primero va la Muerte en sus andas con su alférez y luces, que se hace en memoria de las benditas ánimas del purgatorio; síguese el paso de la oración del huerto, nueva cofradía de indios fundada en la parroquia de San Roque; luego va el Apóstol San Pedro, a quién se sigue el ángel con la túnica del Señor, el Santo Cristo de la Columna y María Santísima de Misericordia, cada imagen con sus estandartes; y en dos hileras bien ordenadas de indios (los de la hermandad con túnicas y los demás con toda decencia) van en número de 600 de entre ambos sexos con cirios. Luego se siguen los españoles así de España como de este peruano reino y alumbran al ángel y al estandarte (que ordinariamente lo saca uno de los alcaldes de la santa hermandad) más de 200 de la nobleza vestidos de negro fondo, con hachas de a 3 libras. Síguese San Pedro, a quien alumbran 20 personas de órdenes menores. Luego se sigue el Santo Cristo de la Columna y van primero 40 hombres con túnicas y capirotos negros, de la cofradía de Nuestra Señora de las Mercedes, con velas de a dos libras; tras éstos van 50 hombres con túnicas y capirotos blancos, los cuales son de la cofradía de Nuestra Señora de Misericordia con cirios de a 2 y 3 libras; a esto se siguen los 32 hermanos de dicha cofradía, vestidos de blanco con golillas, sombreros negros y escapularios verdes. Síguese María Santísima de Misericordia, vestida de tela morada y escapulario verde, a quien alumbran con velas de a libra el ilustrísimo Convenio, compuesto por más de 100 señores clérigos presbíteros entreverados los caballeros seculares, y últimamente alumbra un gran número de mujeres con velas de a dos libras. En medio de las hileras van hermosos niños vestidos ricamente de ángeles y otros de blanco con escapularios y velas como también campanillas" (Arzáns, tomo 2, pág 328).

Con el mismo detalle describe las procesiones de los otros días. La del miércoles salía de Santo Domingo, encabezada por mulatos, y en la que también participaban todos los grupos étnicos, especialmente acompañando a la Madre de Dios, al finalizar la procesión, "van de todas las calidades de mujeres y señoras, mestizas, indias y mulatas por delante, y las señoras después con cirios". La del jueves santo salía de San Francisco y la del viernes santo de la Iglesia de la Merced. En ambas cerraba

la procesión la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, acompañada de muchas mujeres; especialmente el jueves participaban muchísimas personas haciendo grandes penitencias.

Desde 1585 hasta 1670 se realizaron importantes fiestas en las parroquias de Copacabana y San Pedro con novenarios, misas y fuegos artificiales. Es interesante observar que, salvo referencias muy cortas, Arzáns no da mayor importancia al día de San Bartolomé. En 1708, al describir las fiestas por el nacimiento del príncipe Luis I, refiere que éstas se iniciaron la noche del día de San Bartolomé.

En cuanto al primer tercio del siglo XVIII, refiere varias fiestas religiosas como la de Corpus en 1715 en la Iglesia Matriz "con el mayor concurso de gente que se ha visto en esta villa"; las que se organizaron por la beatificación de dos beatos jesuitas; el novenario dedicado a San Antonio de Padua con procesiones y corridas de toros para que este Santo intercediese ante Dios para que llueva, "fue cosa muy manifiesta y prodigiosa que desde el mismo día que se empezó esta novena llovió". También relata una fiesta muy elegante en la inauguración de la nueva Iglesia de San Francisco en 1726. En esa inauguración participaron el cabildo, la nobleza y el pueblo, "yendo por delante los gigantes como en la celebridad del Corpus" (Arzáns, tomo 3, pág. 234).

La fiesta religiosa en Potosí fue utilizada, como en la actualidad, para reforzar la fe, para estimular los sentimientos religiosos, para sacralizar todo el espacio de la ciudad mediante las procesiones y los altares colocados en los sitios más significativos. La diferencia entre la Fiesta Barroca de la época colonial con la fiesta de nuestros días es que en las fiestas actuales, el sincretismo religioso se presenta mucho más explícito.

En las fiestas religiosas, como se analizará a continuación, no todo era religioso, ni todas las fiestas públicas del Potosí colonial fueron religiosas. Existieron muchas celebraciones en torno a momentos importantes de la vida monárquica y de la vida política que serán analizadas en otro acápite.

III. LENGUAJE ARTÍSTICO Y DE IDENTIDAD CULTURAL

Toda Fiesta Pública tiene una búsqueda de belleza, un afán estético. Es un conjunto de obras de arte en las que destacan la música, la danza y la artesanía.

Es, además, una muestra de identidad de las culturas que tienen en las Fiestas su mayor escenario para reconocerse a sí mismas y mostrar su propia personalidad a los demás.

La Fiesta Barroca en Potosí tenía de arte como de identidad. Tal como los describe Barroloomé Arzáns de Orsúa y Vela y otras fuentes de la época, como el famoso cuadro de Melchor Pérez de Holguín sobre la visita del Virrey Morcillo, los desfiles y bailes eran impresionantes.

En ellos se representaban etíopes, ninfas, carros alegóricos con la representación del Cerro de Potosí, el Sol, la Luna y otros

planetas, además, estaban representados los propios Incas con sus princesas, las Coyas.

La identidad potosina formada por varias naciones, especialmente de vascongados, extremeños, andaluces, criollos, mestizos y por naciones de indios aymaras y quechuas, se manifestaba íntegramente durante las fiestas.

En ellas estaban presentes la influencia de culturas grecolatinas, así como las costumbres traídas de España: toros, tablados y torneos de caballeros. El arte y las costumbres del viejo mundo se unieron a los pueblos americanos, con su música, sus bailes y la representación de Atahuallpa.

Esta representación de Atahuallpa y los otros incas, tanto en la pintura como en las fiestas, mantuvo vivo el recuerdo del pasado inca e influyó en la ideología de la sublevación general de indios de 1780-1782 que planteó, entre otros objetivos, la restauración del Imperio Inca, por ello este tipo de representaciones fueron prohibidas después de la sublevación. La Fiesta mantuvo la memoria del Inca.

Por ejemplo, en la procesión de 1555, según la descripción de Arzáns, cada grupo participante vestía representando su realidad, su historia o su utopía. Las quince compañías de indios que abrían el desfile iban "ricamente vestidos a su usanza con arcos y flechas, espadas de chunta y otras maderas fuertes todas plateadas, dardos, hondas, macanas y aquellas armas a manera de cimitarras que usaban los capitanes de sus incas; toda esta variedad de indias armas iban unas doradas, plateadas otras, y otras vistosamente coloreadas".

El segundo grupo de indios que participaba en la procesión imitaba al acompañamiento de los monarcas incas, representado por la nobleza indiana que estaba en Potosí. Eran 200 hombres "vestidos a su uso, aunque eran las camisetas y mantas de ricas sedas, y traían por su orden todas las insignias reales, en unas hamacas de finas mantas de algodón, las cuales eran el llauru y la borla (que era la corona de aquellos poderosos monarcas), las arracadas, chaquiras, pomares y licras (que eran unas máscaras de cabezas de león, que formadas de oro finísimo se ponían en los hombros, rodillas y empeines), el arco, carcaj y flechas, hondas, el chambe, el cuadrado escudo, con otras insignias y armas reales".

El tercer grupo de indios de la procesión representaba a los monarcas incas, desfilando de dos en dos, con un "excelente traje, llevando cada uno una hacha de cera en la mano".

El cuarto grupo estaba constituido por muchas naciones de indios de la América del Sur, "12 mancebos en cada uno, con diversos trajes en el modo de vestir, pero iguales en el género, pintados los rostros, pies y manos con varios colores (uso propio de estos naturales) que más causaban horror que alegría".

El quinto grupo de indios representaba diversas danzas en cuadrillas, "con varias representaciones, trajes y cantinas a su modo, que la misma variedad deleitaba la vista". Según las fuentes de Arzáns, los participantes en estos cinco grupos sumaban tres mil indios.



"La visita del Virrey Morcillo" Melchor Pérez de Holguín, Museo de América, Madrid.

Luego de estos cinco grupos de indios desfilaron, "en dos hileras 50 españoles vestidos a lo cortesano, con hachas de cera, siendo los últimos cuatro caballeros del hábito de Santiago". Este grupo español antecedió la imagen del apóstol Santiago llevado sobre unas "riquísimas andas cubiertas de piedras preciosas y perlas"; en las gradas de las andas estaba Santiago pintado, dando triunfo a sus españoles en Europa y en América.

Detrás de la imagen del apóstol, marcharon cuatro compañías de infantería española, la primera, de mosquetería, llevaba una bandera con la imagen bordada del apóstol Santiago; las otras tres llevaban sucesivamente banderas bordadas con el escudo de la Villa Imperial, la imagen de la Purísima Concepción (bordada con pedrería y piedras preciosas) y la del Señor Sacramento. Luego venían los gremios de oficios mecánicos, vestidos también con simbología religiosa, con los atributos de la Virgen María.

Luego, nuevamente, aparecía la presencia indígena, representada por 40 indios, "vestidos todos de plumas de varios colores con ricos llautus en las cabezas, los cuales tocaban diversos instrumentos a su usanza: flautas de gruesas cañas, caracoles marítimos, trompetas de calabazos con cañas largas, y unos canutillos aunados duplicadamente, que siendo mayor el primero

van disminuyéndose hasta el último que es pequeñito, y soplando de un cabo a otro hace la armonía conforme al tamaño de la caña, y llaman a este instrumento ayachiris (según Gunnar Mendoza era instrumento musical fúnebre para hacer ir a los muertos); tocaban también un género de cajas que labraban de troncos huecos y adelgazados, aunque también usaban ya de las cajas de España". Luego marcharon aproximadamente 2000 indios pertenecientes al Rey, los tributarios y los mitayos, "todos con muy vistosas camisetas, monteras de pluma y bastones plateados en los manos". Luego 20 indios camuris (los más sufridos porque bajaban el metal del cerro) vestidos con piel de vicuña.

Luego venía la presencia española de mayor poder: los españoles minadores y otros mandantes de las minas, "vestidos todos de tela blanca guarnecidos con puntas de oro, llevando cada uno en la mano derecha una hacha de cera y en la izquierda unas azucenas de plata con el sagrado nombre de María"; luego el gremio de los dueños de minas, "vestidos a lo cortesano, con ricas joyas y cadenas de oro en los pechos, con hachas de a 4 libras de cera en las manos". Este grupo antecedió a un gran carro triunfal dorado que llevaba como adorno el Cerro de Potosí, hecho de plata fina, coronado con la imagen de María

Santísima, formada también de plata. el carro estaba tirado por 20 mancebos indios vestidos de tela azul, con estrellas de plata y guirnaldas de flores en sus cabezas.

Los poderes religioso y político cerraban la procesión: Los religiosos franciscanos, dominicos y mercedarios llevando todos velas; luego la clerecía y el cura de la iglesia mayor que llevaba la imagen del Señor Sacramentado bajo un rico palio; seguían los miembros del cabildo, corregidor, ministros reales y dos compañías de arcabuceros españoles. Al final, dos compañías de indios alabarderos y piqueros e indios infieles que iban a ser bautizados (Arzáns, tomo 1, pág 95-97).

Arzáns describe con el mismo detalle otras procesiones y, en el caso de fiestas civiles, los desfiles que se realizaban, así como los paseos en caballos. Así, por ejemplo, la procesión organizada por los jesuitas en 1590 y los desfiles organizados en honor a la llegada de los distintos corregidores.

De estas descripciones, una de las más importantes fue la relacionada con la visita del excelentísimo Arzobispo Diego Morcillo Rubio Auñón, camino a posesionarse como Virrey del Perú, visita que ha quedado también grabada artísticamente gracias al pintor Melchor Pérez de Holguín. El Arzobispo llegó el sábado 25 de abril de 1716 a las tres de la tarde, acompañado por los oidores, otros muchos caballeros, corregidores de varias provincias, eclesiásticos, muchos maestros y curas. La Imperial Villa lo amaba y lo recibió con muchas demostraciones. Le hicieron dos arcos triunfales, el primero y principal una cuadra más arriba de la parroquia de San Martín, construido con columnas salomónicas, corintias, jónicas, dóricas y toscanas, adornado con telas y ricas sedas y esculturas. El otro arco triunfal estaba colocado en una de las esquinas de la Plaza del Regocijo.

Le dieron la bienvenida el gremio de azogueros, los señores curas, y un "escuadrón de 300 hombres compuestos de la nobleza de varias naciones de Europa y peruanos hijos suyos". Marcharon con su excelencia hasta el primer arco triunfal donde lo recibió el cabildo con un palio de riquísimo nácar forrado en seda. Los miembros del cabildo llevaron el palio. Luego se dio principio a armoniosa música, "cesando ésta, la urbanidad y liberalidad (representadas por dos niños), en verso muy elegante, ofreciéndose de parte de la Villa aplaudieron su feliz venida". Se volvió a escuchar la música compuesta por el fraile Agustino Fray de la Torre.

Acabada la música, el cabildo le entregó un caballo chileno ricamente adornado, montado en él y acompañado por los principales del cabildo y los alcaldes ordinarios (vestidos a lo cortesano), caminó por las calles de Potosí. A su paso estaban las de "hermoso sexo que llenaban balcones, ventanas y tablados que se hicieron, tanta matrona ilustre, tanta doncella honesta, tanta dama celebrada: todas galana y ricamente adornadas".

"La distancia desde el arco triunfal hasta la Iglesia Mayor es dilatada, y con ser así todos los balcones, ventanas, puertas y cruceros se habían cubierto de innumerable gente, y las paredes de uno y otro lado de arriba abajo adornadas de ricas y varias

colgaduras de rasos, terciopelos y otros mil tapices de seda y paños de corte, de relas, damascos, cuadros de primorosos pinceles, paisajes y retratos" (Arzáns, tomo 3, pág 47 - 49). En el cuadro de Melchor Pérez de Holguín se pueden observar las pinturas que adornaban las paredes, que representaban, aparentemente, historias míticas.

En la Iglesia Mayor lo esperó el vicario y todo el clero, se oía al mismo tiempo el sonido de tambores y clarines y los instrumentos de los indios. En la Plaza del Regocijo le rindió honores la noble infantería ricamente ataviada, que realizó demostraciones militares. Las fiestas duraron 8 días y fueron famosas las mascaradas, de las que hablaremos en el capítulo respectivo.

Una descripción similar nos da Arzáns en ocasión de la jura de fidelidad al nuevo rey Luis I, en 1725. También en esta ocasión se presentaron mascaradas tanto de los españoles como de los indios, de las que hablaremos en el capítulo del lenguaje lúdico. En cambio, en el desfile, el protagonismo fue de los españoles y criollos con un marcado predominio militar. Según la descripción de Arzáns, marcharon en esa ocasión 600 mosqueteros, escopeteros y piqueros bajo el mando del corregidor de Tarija; luego las autoridades de la Villa de Potosí y la caballería, unos en gallardos caballos y otros en mulas ricamente adornadas; todos adornados con sombrero de tres picos y grandes joyas en el pecho.

De la misma manera desfiló toda la infantería, "compuesta mucha parte de la nobleza de España y el resto de la peruana, que con esmero de ricas galas a la francesa e inglesa, de telas, brocados, rasos y paños de Segovia, fue de excesivo costo porque todo fue nuevo...". A la infantería y caballería siguieron el tribunal de la Inquisición, el ilustre cabildo vestido a lo cortesano con cadenas de oro y joyas, y el decano de los veinticuatro cabildantes con el pendón real.

En el medio de la plaza se erigió un tablado cubierto de ricas sedas, "en cuya principal parte se vio la imagen del señor Luis Fernando I puesto a caballo (que sólo se hizo de pincel para esta función)". Subieron el decano y otras autoridades por unas gradas doradas y aquél tomó el juramento: "Castilla y Indias por el Rey don Luis Fernando I, que Dios guarde, a que respondieron todos Viva, Viva". Hizo salva la infantería, repitiendo tres veces el juramento. Acto seguido, los alcaldes ordinarios derramaron monedas a la plebe. El juramento se repitió en otros dos tablados donde estaba la efigie del nuevo Rey, ubicados en la plaza de la Compañía de Jesús y en la de La Merced.

Se concedió indulto a los presos por delitos no graves y al día siguiente, luego de la misa por la salud del monarca, se repitieron las salvas, repiques de campanas y marchas militares. Luego vinieron los toros, las máscaras y las comedias a los que nos referiremos más adelante (Arzáns, tomo 3, pág 182-183).

Como se ha podido apreciar en las referencias consignadas, en las fiestas de Potosí colonial existieron esfuerzos supremos para conseguir expresiones de belleza artística, de elegancia y de alarde de riqueza.

Otro aspecto importante de anotar, costumbre muy barroca que aún permanece, es la elegancia con la que se vestían a las diferentes imágenes religiosas, especialmente en ocasión de las fiestas; por ejemplo, al describir la imagen de San Francisco, probablemente el Santo más austero, cuando se inauguraba su Iglesia en 1726 se lo presentó con un vestido de rica tela "pero tan cubierto de joyas, piedras preciosas, cadenas de oro y perlas, que casi no se veía la tela". En esa ocasión se realizó una enorme procesión en la que acompañó a San Francisco el patriarca Santo Domingo, también vestido de gala. "Acompañaron la procesión las sagradas comunidades, el ilustre cabildo, nobleza y pueblo, yendo por delante los gigantes como en la celebración del Corpus... cantáronse visperas solemnísimamente estrenándose el órgano grande y retumbante" (Arzáns, tomo 3, pág 234).

Para el estudio del arte efímero, en cuanto a arquitectura, escultura y pintura, son fundamentales las descripciones que hace Arzáns de los impresionantes arcos triunfales y de los túmulos funerarios.

IV. LENGUAJE SOCIO ECONÓMICO Y POLÍTICO

Las Fiestas Públicas no sólo son motivadas por lo religioso, lo artístico y por la identidad cultural, sino también por razones sociales de prestigio y de estatus. Las fiestas han sido y son escenarios para mostrar poder político, económico y social.

¿Quiénes eran los que sostenían los numerosos gastos de las Fiestas Públicas? Según algunas referencias los que más gastaron fueron los mercaderes de la Villa de Potosí; según otras, los mineros azogueros y el cabildo. En todo caso, todos contribuían en el gasto de las fiestas para lograr su éxito y solemnidad. Por ejemplo, en la jura a los Patronos de Potosí en 1555, el ayuntamiento determinó que todos los moradores españoles y naturales cooperasen en el gasto de las fiestas, tanto en los gastos de la procesión como en los festejos de los cuatro días siguientes. La fiesta que solemnizó la entrega de la construcción de la iglesia mayor, en 1576, demandó también crecidos gastos que fueron costeados por "el ilustre cabildo y varias naciones de los reinos de España". En las fiestas que se celebraron para conmemorar la inauguración de las obras de la Ribera de Ingenios, en 1577, los gastos de los regocijos de ocho días fueron financiados por la nobleza, los azogueros, los dueños de minas y los indios. La llegada del Virrey Toledo en 1572 demandó "15 días de costosísimas fiestas, pues por manifestar su grandeza esta Imperial Villa no excusó gasto ninguno, que con gran liberalidad lo sacó todo a plaza" (Arzáns, tomo I, pág 145).

En 1568 los mercaderes de la Villa de Potosí rechazaron pagar más dinero por alcabalas; entre otras muchas razones por las que probaban sus numerosos gastos, estaba la de "ellos solos eran los que hacían los gastos de las fiestas públicas" (Arzáns, tomo I, pág 145). Arzáns, en muchas ocasiones, califica a las fiestas de costosísimas. Algunas veces la mayoría de los gastos

los asumió una sola persona, como el corregidor Zores de Ulloa que se hizo cargo de la mayor parte de los que demandó la fiesta de la construcción del templo de los jesuitas; en 1624, en ocasión de las fiestas por la canonización de San Ignacio de Loyola, "quién más se señaló en los gastos fue el nobilísimo caballero don José Lorenzana de Iñiguez, natural de esta imperial Villa y azoguero rico" (Arzáns, tomo I, pág 389).

Una referencia interesante sobre este tópico es la que explica la distribución de gastos, en torno a la variada fiesta de 1657 para festejar el nacimiento del príncipe, de la siguiente manera: "A los miembros del cabildo les fue señalado regocijarse la plaza tres días: el primero que jugasen cañas, el segundo torneos y el tercero juntasen; a los oficiales reales y demás ministros de la Caja y Casa de la Moneda, que diesen dos días de toros y en ellos corriesen en la plaza con la gallardía de sus personas, caballos, galas y joyas acostumbradas. Jugasen alcancías, caracoles y diesen carreras en parejas de las que aquí llamaban atravesadas; al gremio de los señores azogueros, que corriesen sortija un día con la mayor grandeza de invenciones que se pudiese; a los minadores del rico Cerro, dueños de labores y de trapiches, que festejasen al príncipe con dos ricas y vistosas máscaras, una de día y otra de noche. A los escribanos, procuradores y letrados, que hiciesen 4 días de comedias; a los mercaderes, que diesen cuatro días de toros con todos los gastos de colación y bebidas frías, y que regocijasen la plaza con caballos, galas y joyas y que alanceasen los toros. A los plateros, herreros y espaderos, que diesen otros cuatro días de toros, y que en ellos corriesen el balde y peroleño. A los sastres, sombrereros y zapateros, que hiciesen tres saraos diestros y vistosos. A los carpinteros, guitareros, sederos, barberos, cargadores y otros oficiales mecánicos, que hiciesen 10 noches de fuegos artificiales. A los panaderos, pulperos y cancheros que festejasen con cuatro días de invenciones varias, de carros triunfales y otras danzas y representaciones. A los pintores, escultores, olleros, pasteleros y bodegoneros que festejasen con 5 noches de varios artificiosos fuegos y perspectivas, y, últimamente, a todos los forasteros de varios reinos del mundo que se hallaban en esta Villa que hiciesen dos marchas en dos días señalándose 12 capitanes para ellos" (Arzáns, tomo II, pág 185). Calcula Arzáns que en premios del juego de la sortija se repartieron 80.000 pesos y que una de las máscaras de los minadores costó medio millón de pesos. Al inicio del siglo XVIII, varios años las fiestas, "aun las que tocaban al divino culto", se suspendieron por falta de financiamiento. Esto se debía a la crisis de la producción minera y porque "no corría el dinero, porque todo se los llevan jueces, pretensores, mercaderes y franceses a la Europa" (Arzáns, tomo III, pág 15). También afectó al financiamiento de las fiestas los envíos obligados a Buenos Aires que en varias ocasiones dejó a la ciudad sin circulante. Las fiestas se reiniciaron, en 1716 se empezó a recoger una colecta pública para los gastos, "el ilustre cabildo como benigno padre y prudente cabeza de la República, lo impidió considerando la fatiga en que se hallaban los oficiales y demás

pobres, y así cargó todo en los alcaldes ordinarios, algunos gremios más descansados y el cabildo" (Arzáns, tomo III, pág 47).

Ese mismo año, en 1716, los mineros azogueros organizaron una costosísima máscara, en honor a la visita del Virrey Morcillo. Dos años antes, entre todos, se gastaron 100.000 pesos. Pese a las dificultades económicas, las fiestas por la jura del Rey Luis Fernando I se lograron realizar con gran pompa. Se nombraron diputados para recoger la contribución para las fiestas y este recojo ocasionó "el notable sentimiento de los pobres, que aunque lo daban con voluntad era mezclado con sus lágrimas" (Arzáns, tomo III, pág 180). Los mercaderes oficiales y otros gremios contribuyeron con muy poco dinero, tampoco el cabildo, todo ello prueba la crisis que vivía Potosí en la primera mitad del siglo XVIII. Sin embargo, "los minadores del Rico Cerro, los beneficiadores de metales, los trapicheros y mayordomos ingenios hicieron una máscara a todo costo, engrandeciendo sus ánimos, sin que la miseria que se experimentaba menoscabase su fama" (Arzáns, tomo III, pág 185).

¿Quiénes participaban? La fiesta era un lugar de encuentro, en el que todos participaban, pero cumpliendo cada uno su rol sin mezclarse. En las procesiones todos eran protagonistas: indios nobles, indios mitayos, artesanos, españoles y criollos dueños de minas, autoridades, religiosos y militares. En las actividades nocturnas y en las mascaradas también participaban todos, ayudaba a esta posibilidad el hecho de que el escenario eran las plazas y calles públicas. Pero también se marcaban las diferencias en cuanto a algunas actividades que sólo podían protagonizar los españoles, por ejemplo: los juegos a caballo, los torneos, los banquetes y mascaradas "organizados por la nobleza" (Arzáns, tomo I, pág 147).

Existieron actividades traídas por los europeos que luego fueron asumidas por los criollos, no sin dificultades. Arzáns refiere que en 1608 la "juventud criolla quiso demostrar sus riquezas en unas justas y juego de cañas; pero como la nación criolla en aquellos tiempos estaba mal mirada de las otras de España (y particularmente de la vascongada) quisieron éstas desacreditar con sus lenguas a los nobles criollos, notándolos de poca destreza en la gallardía y mando de los caballos" (Arzáns, tomo I, pág 267). Esto estimuló a los criollos a prepararse mucho más en las sucesivas ocasiones, preparación que demandaba hasta 8 meses, así finalmente lograron también ser protagonistas "de correr sortija, jugar cañas y justar".

El público era diverso. Tanto a las actividades religiosas (las misas y procesiones), como a las actividades de diversión asistían todos masivamente. Durante los días de fiesta gran parte de los mitayos no subían a trabajar a las minas. Arzáns, en muchas ocasiones, proporciona datos sobre el número de asistentes; por ejemplo, habla de innumerable gente, o datos más precisos como la asistencia de 50 mil personas para ver "la máscara" organizada con motivo de la jura del Rey Luis Fernando I en 1725. Esta asistencia masiva en las fiestas de Potosí confirma lo dicho de

muchas fiestas pasadas y presentes: son destino común por un momento.

La diferencia se marcaba en que la gente de mayores recursos ocupaba los balcones y los lugares de privilegio.

¿Participaba la mujer? Arzáns y Iloiguin nos muestran mujeres no sólo en los balcones sino también participando en los desfiles representando a ninfas o a Coyas, tampoco estaban ausentes de los saraos y de las galas. Probablemente la participación mayor se daba en las procesiones, especialmente, como ya se vio, en las de Semana Santa. También participaban en los Carnavales, salían en las cuadrillas de los barrios, detrás de los hombres, vestidas elegantemente, jugaban con confites, participaban en las peleas y en los bailes para los que se preparaban en las escuelas de danza.

El costo propiamente religioso (misa, procesión) estaba a cargo del preste nombrado por las autoridades religiosas, institución que en la actualidad sobrevive con mayor prestigio, pero también con mayores cargas económicas.

Muchas de las fiestas tenían una clara intencionalidad política, servían para afianzar el sometimiento y la fidelidad a la monarquía. Las fiestas más largas y más costosas eran las que celebraban la jura de un Rey, el nacimiento de un Príncipe, un matrimonio real, una victoria de las armas españolas, la llegada de un Virrey o la del nuevo Corregidor.

También merecieron costosas fiestas las inauguraciones de obras públicas, como la de las lagunas, los ingenios, la iglesia matriz y las otras iglesias.

V. LENGUAJE LÚDICO

La Fiesta es también diversión, juego, liberación, transgresión de lo cotidiano. Actualmente, las Fiestas Públicas en Bolivia duran de 3 a 4 días; en cambio, en el Potosí colonial duraban muchos más días. La dedicada a la jura de los santos patronos, en 1555, duró 15 días; la dedicada a la jura del monarca Felipe II duró 24 días; la que conmemoró la victoria de Lepanto, en 1572, empezó en Navidad y duró todo enero; la inauguración de la Iglesia Matriz en 1576, 10 días; la de la inauguración de los ingenios en 1577, 8 días. En 1590, la inauguración de la Iglesia de la Compañía de Jesús motivó fiestas que duraron 15 días.

En el siglo XVII los grandes sucesos se festejaban también muchos días. Por ejemplo, el matrimonio de Felipe III y Margarita de Austria a principios de siglo se celebró durante 22 días; la canonización de San Ignacio de Loyola, en 1624, durante 15 días; la visita del Arzobispo en 1660, durante 12 días.

En el primer tercio del siglo XVIII, la riqueza de Potosí ya no era la misma como para sostener muchos días de fiesta. Sin embargo, en 1708, las fiestas por el nacimiento del príncipe duraron 15 días, pero, los otros festejos duraron menos. Por ejemplo, la proclamación del Rey Felipe V, en 1701, duró 6 días

y las famosas fiestas por la visita del Virrey Morcillo, 8 días.

En las fiestas religiosas, esos días se dividían en los días "perfectos", que eran los propiamente religiosos, y los días de regocijo. Por ejemplo, en las fiestas por la canonización de San Ignacio de Loyola, el primer día se dedicó a la procesión y a la misa y los otros catorce a las corridas de toros, presentación de comedias, máscaras, juegos de sortija, justas y torneos, saraos y banquetes. La diversión consistía en participar o en ver todas estas actividades.

En la mayoría de las fiestas destacaban los fuegos artificiales. En la tan mentada fiesta por la jura a los santos patronos de la Villa, en la noche del inicio de la Fiesta se disparó "sin cesar mucha arcabucería, volcanes de azufre, cohetes, ruedas, bombas, tiros pequeños de bronce y otros fuegos artificiales", lanzados desde el Cerro Rico, desde el Cerro de Munaypata y desde las Torres de la Villa. Este estruendo de pólvora se repetía en las auroras de los días festivos. El "Alba" con sus rituales religiosos y lúdicos continúa en muchas fiestas patronales contemporáneas.

El regocijo lúdico de fuegos artificiales y música se realizaba en las alboradas y en las noches. En las 15 noches y alboradas que duró la gran fiesta de 1555, se oían "la concertada armonía de clarines, trompetas y cajas, con otra variedad de instrumentos de indios". El regocijo era un elemento fundamental de todas las fiestas coloniales, sea el motivo religioso o político.

Otro elemento infaltable de las fiestas eran las comedias. Según Arzáns, en la fiesta dedicada a la jura del Apóstol Santiago y los otros patronos, se presentaron ocho comedias. Las cuatro primeras representadas por los nobles indios, con general aplauso. La primera sobre el origen de los monarcas incas del Perú tenía como principal protagonista a Manco Capac, su entronización, la conquista de 10 provincias, y la gran fiesta que hizo al Sol en agradecimiento de sus victorias. La segunda relató los triunfos de Huayna Capac sobre los Changas, los Chunchus montañeses y el principal sobre el Señor de los collas. La tercera comedia representó las tragedias de Huáscar, su derrota ante Atahualpa y su muerte, así como las tiranías del usurpador en el Cuzco. La cuarta comedia representó la ruina del Imperio Inca, la entrada de los españoles al Perú, "prisión injusta que hicieron de Atahualpa, tiranías y lástimas que ejecutaron los españoles en los indios; la máquina de oro y plata que ofreció porque no le quitasen la vida, y muerte que le dieron en Cajamarca". Estas comedias las calificó Arzáns de famosas por lo costoso de sus tramoyas, por la novedad de historias, por la propiedad de trajes y "por la elegancia del verso mixto del idioma castellano con el indiano" (Arzáns, T. I, pág. 98). La muerte de Atahualpa es un tema que se repite en muchas fiestas andinas. Existen otras referencias, también detalladas, sobre la representación de comedias. En la jura al Rey Luis Fernando I, en 1725, se presentaron tres largas comedias, mezcladas con danzas en los intermedios. La primera fue representada por los escribanos públicos y los procuradores, titulada "Duelos de Amor y Lealtad", que duró desde las tres de la tarde hasta las ocho de la noche.

Las otras dos comedias fueron representadas por la Casa de la Moneda, tituladas "El poder de la amistad" y "Lances de amor y fortuna". Arzáns las califica de grandiosas y que no tuvieron que envidiar a las más famosas representaciones de las mayores cortes de Europa.

Desde las fiestas de la colonia temprana, también eran infaltables las corridas de toros, las que duraban varios días y se realizaban en la Plaza Mayor o en la Plaza del Regocijo. En 1555, pasadas las comedias, "se corrieron 5 días de toros con grande regocijo de los diestros españoles, que la braveza y la vida de aquellos feroces brulos quedaba aniquilada a la fortaleza de sus brazos y rejonos, con mucho aplauso del numeroso gentío que los veía" (Arzáns, T. I, pág. 98). En la fiesta de inauguración de la Plaza del Regocijo en 1577, la primera actividad de festejo fue "con doce bravos toros que se corrieron desde la 1 hasta las 3 de la tarde" (Arzáns, T. I, pág. 167).

Los protagonistas principales de las corridas de toros eran caballeros destacados de la sociedad potosina que se animaban a "lançar los toros". Elegantemente vestidos de terciopelo y adornados con mucha pedrería y perlas, montados a caballo, también ricamente adornados, mataban a los bravos toros. A las corridas asistían miles de personas, en ocasiones, según los cálculos de Arzáns, hasta 40.000 personas "de todas edades, calidades y sexos". Los balcones y tablados se adornaban con sedas y alfombras vistosas. Se iniciaban con la entrada galana de alcaldes ordinarios y personas destacadas, todos a caballo, con la misión de despejar la plaza y reconocer la seguridad de los tablados; luego se abría el toril y comenzaban a correr los toros enfrentados a las capas y a las espadas de gallardos mozos. La plaza central de Potosí es una plaza en cuesta y por eso salían los toros con mucha violencia de arriba para abajo. Casi siempre existían heridos, por ejemplo, en las de 1725, la fiesta de toros acabó con seis heridos, dos españoles y cuatro indios. Los que mostraban destreza y valentía podían ganar mucho dinero.

Sobre la corrida de toros, Arzáns, a tiempo de señalar que se realizaban en todas las fiestas religiosas y políticas, da la siguiente opinión: "Corríanse, pues, bravísimos toros que a mucho costo se traían de partes lejanas y nombradas. Fiesta que, si bien parece haber tenido su origen en la antigüedad romana, la continuación se debe a la nación española, y será la causa de que en sólo ella se conserve el ser los españoles tan superiores y de alientos tan crecidos, que no se saben holgar ni les parece que puede haber fiesta donde no se ejercite el valor y falten los peligros. Alanceábanlos en gallardos y diestros caballos los famosos minadores, y tal vez la braveza de los toros los hacía risa del pueblo y tal lástima de los que con afecto los arendían ya esmaltando con la sangre de los caballos la dura armazón y rubia piel de los feroces animales, aunque las más veces ellos, al filo de los agudos hierros y fuertes brazos que los gobernaban, medían con el cuerpo la arena" (Arzáns, T. II, pág. 392).

Otro elemento de diversión importante en las fiestas eran los desfiles, paseos y mascaradas. También Arzáns da muchas

referencias al respecto, que no solamente sirven para investigar la cultura de la diversión, sino también el arte efímero y la identidad cultural. Por ejemplo, en 1555 se organizó un paseo "que anduvo por la mayor parte de las calles de Potosí con el estandarte de su patrón Santiago"; iban por delante indios con sus instrumentos de música, otros vestidos de pieles de vicuña, otros con mazorcas de maíz en las manos, otros llevaban en andas la presentación de un gran globo, mitad dorado y mitad plateado, con mucha variedad de flores, plantas, árboles y frutos representando la fertilidad del Nuevo Mundo.

En 1600, durante los festejos por el matrimonio del Rey Felipe III, los mineros organizaron una "vistosa y riquísima máscara en la cual se vieron admirables figuras, costosisimos carros, lucidas galas, preciosos bordados, piedras y perlas. En el último carro estaba el Rico Cerro de Potosí de fina plata, a sus faldas la Imperial Villa en figura de hermosa doncella con un vestido de tela de plata". La siguiente noche "hicieron los indios nobles y ricos otra máscara muy galana y vistosa, en la cual iban en vistosos trajes todas las naciones del Perú; iban también en ricos carros todos los Incas del Perú" (Arzáns, T. I, pág. 244).

Los paseos y máscaras significaban también un concurso de carros lujosos y de invenciones. En muchas ocasiones, las personas de recursos y los gremios presentaban carros que, al llegar a la Plaza Mayor, producían efectos especiales para la admisión del público y de ellos salían los protagonistas de los torneos caballerescos. Apparently una de las más destacadas fiestas en ese sentido fue la de Corpus en 1608.

El cuadro de Holguín, como el relato de Arzáns, nos muestran las lucidas y costosisimas "máscaras" que se organizaron en 1716 en ocasión de la visita del Virrey Morcillo. En la noche del domingo 26, encabezó dicha máscara, el Alcalde Mayor de minas, en un gallardo caballo y acompañado de 20 pajes; luego venían las alegorías, la primera dedicada a la Fama, seguida de doce famosos héroes (entre ellos, el Cid), luego doce sibilas, algunos de la casa Otomana, héroes de la casa de Austria, ninfas, damas con muy ricos vestidos, etíopes, un coche alegórico con el Cerro Rico de Potosí y, por último, iba "en unas andas uno de los Incas o Rey del Perú con sus Coyas (que es lo mismo que reinas o princesas) debajo de dosel, con gran majestad y riqueza de apropiados trajes" (Arzáns, T. III, pág. 50).

Arzáns resume así esta actividad festiva: "Las máscaras que se hacían eran portentosas, salían algunas veces los caballeros y demás nobleza (pero lo más ordinario los minadores del cerro) en gallardos caballos, con grandes y hermosas formas, cuajados los costosos vestidos de piedras preciosas, perlas, oro y plata; asimismo, adornaban los caballos y carros, y para que no hiciese falta el día con su luz al admirar tanta riqueza se valía cada uno de 12, 16 ó 20 hachas que las traían otros tantos pajes con preciosas libreras" (Arzáns, T. II, pág. 159).

El propio autor relata cómo las máscaras eran también organizadas por los indios nobles y ricos, pero inclusive da referencias a máscaras organizadas por indios más pobres; por

ejemplo, en 1725, los yanaconas organizaron una de improviso con "graciosos papeles y mojiganga". Las máscaras fueron el elemento fundamental para mantener la memoria de los incas.

Otra de las diversiones reiterativas eran los juegos caballerescos de cañas, sortijas, alcancias, torneos y justas, para los cuales se formaban equipos de los caballeros ilustres. El libro de Arzáns otorga también muchos datos sobre las formas de esos juegos y sus protagonistas. Por ejemplo, en 1577, al conmemorarse la inauguración de los ingenios, después de la corrida de doce bravos toros, "a las cuatro entraron a jugar cañas, la una cuadrilla a cargo del general Pereyra, con 32 vecinos de la nobleza, y la otra del maestre de campo, don Fernando Arzáns, con otros 32 señores azogueros". En 1590 participaron 100 caballeros.

Todos estos juegos fueron traídos por los españoles y ellos eran los principales protagonistas hasta principios del siglo XVII. Todos se realizaban a caballo. Por ejemplo, el juego de la sortija consistía en ensartarla en la punta de una lanza corriendo a caballo; el torneo era un combate a caballo que se celebraba entre dos bandos opuestos; las justas era un combate a caballo y con lanzas; el juego de cañas era una fiesta a caballo en que dos cuadrillas se arrojaban recíprocamente cañas y jugar alcancias consistía en que, corriendo a caballo, unos jinetes a otros se arrojaban una bola de barro del tamaño de una naranja.

A partir de 1607, la juventud criolla comenzó a participar también de estos juegos, sufriendo la burla al principio de las naciones españolas, pero luego se impusieron con gran lujo y destreza.

Además de estos torneos que imitaban los existentes en Europa, en Potosí existieron unos muy singulares, consistentes en batallas entre españoles e indios, las que terminaban siempre con la victoria de los españoles.

En las Fiestas no faltaban saraos (diversión con baile y música), banquetes y bebidas. Arzáns también otorga innumerables datos sobre este aspecto. Las colaciones de licores y comidas se servían durante todo el espectáculo.

Los grandes escenarios para la mayor parte de las actividades de la fiesta eran la Plaza Mayor y la Contigua Plaza de Regocijo, escenario espacioso donde entraban "muchedumbre de caballos, carros triunfales, como también tablados y andamios muy espaciosos".

La Fiesta divertía, alegraba, domesticaba, construía un proyecto común en torno a un Santo patrón o a un Rey, pero también destruía al convertirse, no pocas veces, en escenario de violencia y de rebelión.

En variadas ocasiones las coplas carnavalescas servían para atacar al Corregidor. Durante el enfrentamiento entre Vicuñas y Vascongados, las Fiestas Públicas enardecieron los ánimos y aumentaron la violencia existente. Por varias décadas, a fines del siglo XVI y principios del siglo XVII, las fiestas se empañaban por los disturbios entre las diferentes naciones que habitaban en Potosí, especialmente cuando se realizaban los juegos y torneos. Los bandos estuvieron claramente divididos: los criollos,

andaluces y extremeños, por un lado, y los vascongados y navarros, por el otro.

A fines del siglo XVIII, la Fiesta de San Bartolomé, en la localidad de Macha, fue el detonante para la sublevación general de indios en el norte de Potosí.

Si bien Arzáns describe muchas fiestas y en muchas ocasiones las alaba como una muestra de la grandeza de Potosí, no dejó también de criticarlas por considerarlas que eran escenarios de vanidad, por los peligros que ordinariamente producían, por las obligaciones en que la gente se empeñaba, por los temores que causaban, por las desgracias que ocasionaban, por los aprietos en que ponían, por los trabajos que acarreaban, por los deseos desordenados que las acompañaban y por el derramamiento de sangre en que las más de las veces paraban. Consideraba también

que la fiesta era escenario "de tanta vanidad, tanto desperdicio, tanta torpeza, tanto homicidio y tanta vanidad de pecados".

Las Fiestas Públicas en el Potosí colonial están estrechamente relacionadas con el barroco mestizo, por su tarea fundamental de propagar y fortalecer la fe católica, por sus extremos de alegría y tristeza, por entremezclar elementos hispanos con elementos de los pueblos indios, situación que todavía sobrevive en las Fiestas Patronales de la Bolivia actual. Por el lujo, el derroche, la participación de multitudes es barroca. Por mantener la memoria de los incas, y por lograr para los indios un lugar de diversión, de dignidad y olvido de sus penas, significa otra cara de la historia potosina.

Por todo ello, pese a los peligros y defectos que anota Arzáns, la fiesta es uno de los elementos más valiosos de la época colonial y de nuestra época.

NOTA

¹ Acuerdo del cabildo de 22 de Agosto de 1591, citado por Gunnar Mendoza en el libro de Arzáns.